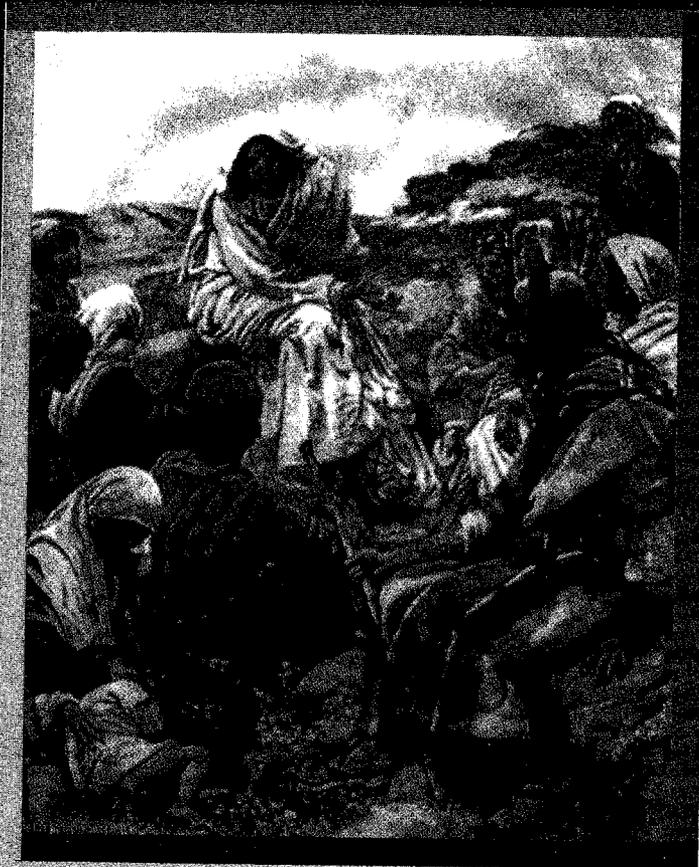


LEROY LAWSON

LA FAMILIA DE DIOS

LA IMPORTANCIA DE PERTENECER A LA IGLESIA



LA FAMILIA DE DIOS

La importancia de pertenecer a la Iglesia

• POR LEROY LAWSON

Literatura Alcanzando a Todo el Mundo



La RED es un servicio voluntario para promover la obra literaria. Su propósito es apoyar y ayudar todo esfuerzo relacionado con la producción de literatura bíblica y cristiana.

La RED se compromete a servir la comunidad publicadora utilizando la riqueza de la diversidad cultural e intelectual de sus recursos humanos y técnicos, sin embargo, respetando la autonomía de cada entidad para la unidad de la iglesia.

La RED es un servicio disponible a quien quiera utilizar los recursos humanos cooperativos para la revisión y mejoramiento de los trabajos impresos y así mantener una fidelidad al lenguaje.

Este logotipo (sello) es el símbolo representativo de la calidad en ortografía y el uso del lenguaje común con el propósito de que el mensaje bíblico y las aplicaciones cristianas se comprendan por la gran mayoría de hispanohablantes.

LA FAMILIA DE DIOS

La importancia de pertenecer a la Iglesia

Primera edición, 1999

D.R. © Literature And Teaching Ministries
P.O. Box 645
Joplin, MO 64802-0645

Publicado originalmente en inglés con el título
THE FAMILY OF GOD
Copyright © 1980
por LeRoy Lawson
Publicado por Standard Publishing
Company, Cincinnati, Ohio.

Versión Castellana: Leticia Hernández Zepeda
Revisado por: Psic. Alfredo José Aparicio
Impresión y diseño: Joel Medina Palacios

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas.

Impreso en México/Printed in México

DESPUÉS DE SOMETERSE A JESUCRISTO...

USTED PERTENECE al grupo más grande que hay sobre la tierra. Como fiel miembro de la Iglesia de Jesucristo gozará de muchos beneficios que otros cristianos ya experimentan. Le señalaré algunos de ellos.

Vivirá más

Por supuesto que no puedo prometerle que nunca morirá, ni siquiera que no morirá hoy. Eso no está en mi poder. Pero sí puedo decirle que, de acuerdo a las estadísticas, los miembros de una iglesia viven más que los que no lo son de ninguna. Una investigación mostró una diferencia de 5.7 años más de vida en aquellos que son miembros sobre aquellos que no lo son. Ello es significativo.

Otros estudios prueban que los participantes activos en la iglesia están más saludables que los demás. El estilo de vida cristiano fomenta hábitos y actitudes saludables. Si usted desarrolla un concepto de la vida parecido al de Cristo Jesús y trata a otros con verdadero amor cristiano, las emociones venenosas no podrán tener efecto aunque intenten destruir su cristiana manera de vivir.

Vivirá mejor

Esta es una promesa muy peligrosa de hacer, pero está basada en una observación de toda la vida. Si toma seriamente la fe cristiana,

buscando primeramente el reino de Dios y su justicia (Mateo 6:24-33), puede esperar vivir mejor materialmente que si no lo hace.

Una razón es que usted se convertirá en mejor mayordomo de las posesiones que Dios le ha dado. Otra es que sus prioridades cambiarán. Por ejemplo, es probable que gastará menos dinero en diversiones porque no sentirá la necesidad de dedicarse a lograr lo que el mundo llama un «buen rato». Usted podrá pasar un tiempo grato con amigos cristianos. Probablemente abandonará algunos hábitos costosos que muy rápido consumen el dinero y que no le benefician.

Si usted diezma, encontrará lo que otros diezmadores: su noventa por ciento restante le rendirá más con la bendición de Dios que lo que le rendía su cien por ciento antes, cuando retenía la cantidad completa para usted solo.

Reirá más

Uno de mis himnos favoritos es «Soy feliz en el servicio del Señor.» Usted también lo será ya que una nota dominante del Nuevo Testamento es el GOZO:

«Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (Palabras de Jesús en Juan 15:11).

«Porque el reino de Dios, no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14:17).

«Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación» (Efesios 4:4).

Los cristianos hablan del gozo de su salvación, el cual se fundamenta en la seguridad que ellos sienten en el Señor. Pueden reír más de gozo porque saben que están en paz con Dios y quieren estar en paz el uno con el otro. Están llenos de gozo porque no tienen que preocuparse del mañana ni aún del día de hoy. Confían en Dios de que todas las cosas les ayudan a bien (Romanos 8:28).

Amará más

Acostumbramos hablar mucho acerca del amor, estamos de acuerdo «que lo que el mundo necesita ahora es amor,» pero

hablar no cuesta nada, sin embargo, amar tiene un alto precio. Así que hablamos acerca del amor más de lo que amamos. Hemos hecho del amor un sentimiento. Si sientes bonito, eso es amor. ¡Y algunas veces eso está equivocado!

Si Dios es amor, entonces el amor tiene que ser más que un sentimiento. Y si «...de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito,...» (Juan 3:16) entonces el amor es un hecho, es querer y hacer lo mejor por el ser que amamos.

Jesús resumió toda la ley del Antiguo Testamento en el amor: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37, 39).

Nos tomará el resto de nuestras vidas estudiar y tratar de aplicar el significado total del amor, del amor de Dios para nosotros y de nuestro amor hacia él y de nuestro amor mutuo. En un mundo que sólo habla del amor, usted pondrá por obra tales palabras.

Aprenderá diariamente

Puede que sienta algo de vergüenza debido a que sabe poco de la Biblia. No está solo, todos nosotros sentimos que apenas hemos comenzado a sondear las profundidades del conocimiento bíblico. Pero sí estamos de acuerdo con el famoso autor cristiano C.S. Lewis, quien dijo que no toma muchos años de estudio el convertirse en cristiano, pero ser cristiano es toda una educación en sí misma. El resto de nuestras vidas cristianas la empleamos para aprender más y más de Jesús y de nosotros mismos.

Usted querrá aprovechar cada oportunidad que se le presente para estudiar la Biblia. No se desanime si le parece muy difícil al principio. Algunas partes son difíciles; de hecho, aún algunos estudiosos que han dedicado sus vidas al estudio de la Biblia no concuerdan con el significado de algunos pasajes. Así que, no se condene a sí mismo si tropieza con algunos pasajes difíciles.

Comience leyendo el Nuevo Testamento en uno de los libros del Evangelio. Le sugiero el de San Marcos porque es el más antiguo y el más corto. Le dará una buena introducción a los momentos más importantes de la vida de Jesucristo. Después,

continúe con San Juan, también este trata de la vida de Jesús pero desde una perspectiva distinta. Continúe después con Hechos de los Apóstoles a fin de conocer el inicio de la iglesia cristiana. Las cartas son un poco más difíciles. Le recomiendo Filipenses en primer término, por su simplicidad. Después puede seguir con las demás cartas, preferiblemente en estudio de grupo.

No es suficiente leer la Biblia por su cuenta. Seguramente querrá usted hacerlo, pero necesita la ayuda de un maestro capacitado y de la compañía de otros estudiantes para obtener la riqueza total del significado de las Escrituras. En otras palabras, si vive en serio la vida cristiana, aprenderá diariamente.

Trabajará arduamente

La iglesia no es un club para holgazanes. Hay mucho trabajo que hacer para el Señor. Por dondequiera verá obras que solicitan obreros. El mundo entero está en peligro; se están perdiendo muchas vidas. Un cristiano satisfecho es casi una contradicción de términos. Mientras somos «felices en el servicio del Señor,» no estamos felices con las condiciones que existen sobre la tierra y queremos hacer algo a favor de ella.

Así que los miembros de la iglesia son generalmente gente ocupada. Algunas veces nos extendemos demasiado y necesitamos recordar que decir «no» es tan importante como decir «sí», pero mejor corremos el riesgo de involucrarnos en todo que correr el peligro de no hacerlo.

Jesucristo envió a sus seguidores de dos en dos a predicar, a sanar y a ayudar. Poco antes de terminar con su ministerio sobre la tierra él comisionó a sus apóstoles para ir a todo el mundo y hacer discípulos. Desde entonces los cristianos han sido famosos por sus ministerios de predicación, enseñanza, sanidad y ayuda. No cabe duda de ello. Trabajará más duro. Pero como resultado...

Se desarrollará y crecerá

No será más gordo, sino más grande. Algunas personas sólo envejecen; los cristianos crecen y se desarrollan mejor. Llegan a ser más sabios, más maduros, más llenos de paz, más influyentes,

más cerca del hogar con Dios y a tener más compañeros cristianos, más determinados a corregir los errores del mundo y vivir en concordancia con las normas más altas posibles; más compasivos y experimentando más odiseas de fe.

La meta de la iglesia es

Hasta que todos lleguemos... a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que... crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo (Efesios 4:13-15).

Cristo —la persona más grande de la historia— es nuestro modelo. Llegar a ser como él, es transformarse y crecer.

Mejorará su vida familiar

«La familia que ora unida permanece unida» es un lema muy trillado, pero muy cierto. En la sociedad moderna las familias están bajo tensión extrema. Sin un vínculo espiritual que los mantenga unidos, muchos están siendo separados violentamente de sus familias.

Pero los matrimonios cristianos están resistiendo las presiones. Al mismo tiempo que, desafortunadamente, existen fallas, las estadísticas aún indican que las familias de la iglesia tienen mayor oportunidad de éxito que aquellos matrimonios y familias que no son miembros de la iglesia.

Hay muchas razones que permiten el éxito de los hogares cristianos: patrones de moral más altos, más énfasis en el amor y el dar, que en el egoísmo y el obtener; actividades compartidas entre familiares en la iglesia; un círculo más amplio de amigos que apoyan; la permanente ayuda del Espíritu de Cristo; una atmósfera de aceptación y un futuro lleno de esperanza.

Llegará a su destino confiadamente

Los cristianos ansían ver el futuro porque no tienen nada que temer. Creen que el Dios que creó los cielos y la tierra, un día va

a concluir esta existencia terrenal. Creen que así como Dios envió a su Hijo para rescatar a la humanidad agonizante, él nuevamente lo enviará para juntar a los suyos y llevarlos con él. No importa qué nos depara el futuro —holocaustos nucleares, diluvios, heladas, hambres o lo que sea—, Dios cuidará de los suyos. El es Dios del hoy y del mañana, de la vida sobre esta tierra y de la vida en el más allá. La ansiedad acerca del mañana no es parte del programa cristiano. El futuro del cristiano está seguro.

¿A QUÉ IGLESIA NOS REFERIMOS?

UNA COSA ES CIERTA, no hay carestía de iglesias. Usted podría escoger de entre los cientos de diferentes clases, desde las antiguas y orgullosas denominaciones como las episcopales y presbiterianas hasta las más recientes y avivadas como las Asambleas de Dios. Tenemos también esos varios grupos sorprendentemente numerosos que parecen brotar de la noche a la mañana.

En medio de esta diversidad, ¿qué hay de especial acerca de esta iglesia a la que nos referimos? ¿qué clase de iglesia es?

Quizá debemos comenzar con esta afirmación paradójica: lo que distingue a la iglesia cristiana es que no tiene distintivos. Esto es, no nos jactamos de ser distintos a otras iglesias bíblicas. De hecho, estamos buscando deliberadamente no ser diferentes, porque nuestra meta es la unidad, no la división. El cristianismo ha sufrido mucho tiempo debido a las profundas divisiones que han separado una denominación de otra, un cristiano de otro. Nosotros queremos ser uno en Cristo. Cuando Jesús oró «para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros» (Juan 17:21). En el Espíritu de su oración, deseamos estar unidos con todos los demás en Cristo.

Pero, ¿cómo puede ser esto?, podrá preguntar usted. ¿Es posible tal unidad?

Es obvio que esto es algo muy difícil de lograr. Algo dentro de la naturaleza humana se resiste a la unidad. Concordamos con

Robert Frost en que «las buenas cercas hacen buenos vecinos», aunque también aceptamos que algo dentro de nosotros «no ama a una pared, [sino] que quiere derribarla». Pero Dios desea la unidad, así que debe ser posible.

Las iglesias que hoy se llaman Iglesias Cristianas o Iglesias de Cristo tienen sus orígenes modernos en la frontera de Norteamérica de a principios del siglo XIX. Fue este un período de grandes desacuerdos entre las denominaciones de la cristiandad. Cuando los pioneros de América valientemente se hicieron a la vela desde sus hogares europeos hacia las tempestuosas playas de la nueva tierra, trajeron con ellos sus fuertes convicciones religiosas. Habían defendido bien su propia etiqueta del cristianismo que portaban y no iban a rendir ni una jota de su credo en su nuevo hogar. Así que los presbiterianos se colocaron en posición de defensa contra los metodistas quienes, a su vez, se defendieron contra los bautistas que no toleraron a los luteranos. No fue una época de amor ni de buena voluntad para nadie.

Inevitablemente, reaccionaron a esta mutua y abierta hostilidad. El pueblo de Dios solo continuó viéndose a sí mismo con la misma sospecha con la que veían al diablo.

Cuando la reacción se presentó, surgió un movimiento espontáneo. En Nueva Inglaterra, Estados Unidos de Norteamérica, un grupo de cristianos quiso poner fin al denominacionalismo anunciando que ellos seguirían solamente la Biblia. Otro grupo en Kentucky, y aún otro en Pensylvania, cada uno independiente del otro, sintieron que el Espíritu de unidad los movía a permanecer a favor y no en contra de los demás cristianos. Bajo el liderazgo del ministro Barton W. Stone algunos líderes presbiterianos en Kentucky publicaron «El testamento y la última voluntad del presbiterio de Springfield», haciendo morir cualquier conexión denominacional. Declararon, «es nuestra voluntad que este cuerpo muera, se desintegre y que pase a formar parte del enorme cuerpo de Cristo porque sólo hay un cuerpo y un Espíritu, así como hemos sido llamados a la esperanza de nuestra vocación...»

Los primeros líderes de lo que más tarde se llamó el Movimiento de Restauración creyeron que la unidad en Cristo fue y es posible hoy día. Sin embargo, para lograrla, los cristianos de hoy deben estar dispuestos a dejar sus tradiciones y su fidelidad a los hombres a cambio de la sola exaltación de Jesucristo. Deben regresar a la iglesia ejemplar encontrada solamente en las páginas del Nuevo Testamento. La reforma de la iglesia tiene que llevarse a cabo en su totalidad. Por una parte debemos reconocer con agradecimiento nuestra deuda a sus grandes reformadores (Martín Lutero, Juan Calvino, Juan Knox, etc.), sin embargo, la honestidad nos obliga a admitir que queda aún mucho por hacer. La única manera de determinar lo que debe ser la iglesia, y de cómo deben conducirse los cristianos, es a través del estudio de los documentos del Nuevo Testamento en los cuales las iglesias de Cristo se presentan esplendorosas y, a la vez, con sus respectivas carencias. Aunque sabemos que no existe una sola iglesia ideal que pudiéramos imitar, conocemos claramente los lineamientos de lo que ella debe ser como el Cuerpo de Cristo, la Familia en la Fe, el Templo del Espíritu Santo y el Pueblo de Dios. Así también lo es su unidad:

Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos... (Efesios 4:3-6).

En un esfuerzo por la unidad y separado totalmente del movimiento «Stone», Thomas Campbell, otro ministro presbiteriano, publicó su ahora famosa «Address and Declaration» en 1809. Tiempo atrás él había emigrado de Irlanda, su tierra natal, a Pensylvania. En su país él se preocupó mucho por lo cerrada que era su denominación (la iglesia presbiteriana separatista antiburguesa de la luz antigua), que era producto de una división múltiple en el pasado. Él se rebeló totalmente cuando supo que las divisiones causadas por agravios locales en Escocia dividían a los presbiterianos en Norteamérica. Al

rehusarse a excluir de la participación en la Cena del Señor a los aún no miembros de su denominación fue expulsado de su presbiterio. A estas alturas, para Thomas ya todo giraba en torno a ver quién expulsaba a quien porque él no estaba de acuerdo con políticas que eran de lamentarse.

Mientras tanto, su hijo Alejandro había llegado a conclusiones similares en sus estudios realizados en Irlanda y Escocia. Cuando padre e hijo se reunieron en Estados Unidos de Norteamérica en 1809, cada uno, por su parte titubeaba un poco en contarle al otro que había rechazado el denominacionalismo en favor del cristianismo del Nuevo Testamento. Pero cuando Thomas compartió su «Declaración» con su hijo, Alejandro dio la bienvenida a los acertados puntos de vista de su padre y, más tarde, sobrepasó a Thomas siendo líder del nuevo movimiento por la unidad.

En su «Declaración», Thomas Campbell nos dejó principios que hasta a nosotros nos suenan muy modernos. Ellos son:

1. La iglesia de Cristo sobre la tierra es esencial, intencional y constitucionalmente una; ella consiste de todos aquellos que en todo lugar profesan su fe en Cristo y su obediencia en todas las cosas de acuerdo a las Escrituras, y que manifiestan lo mismo por medio de sus caracteres y conductas y, nadie más, como ningún otro pueden ser verdadera y propiamente llamados cristianos.

2. Aunque la iglesia de Cristo sobre la tierra debe existir necesariamente en sociedades distintas y particulares, separada localmente una de la otra; sin embargo, no debe haber fragmentos o divisiones egoístas entre ellas. Deben recibirse una a la otra como también lo hizo y las ha recibido Cristo Jesús, para la gloria de Dios. Y para este propósito, todos deben conducirse bajo la misma regla, hablar y considerar la misma cosa; y estar perfectamente unidos en un mismo pensar y en un mismo juicio.

3. Para llevar a cabo esto, nada debe ser inculcado a los cristianos como artículos de fe; ni pedirles nada como requisito para participar en la comunión; sino lo que está enseñado y ordenado expresamente en la Palabra de Dios. Nada debe ser admitido como obligación divina en la constitución y manejo

de sus iglesias, sino lo encargado expresamente por la autoridad de nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles en la iglesia Nuevotestamentaria; ni por términos de propósitos especiales o por medio de un precedente antes aprobado.

4. No obstante que las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento están inseparablemente conectadas y forman juntas una perfecta y completa revelación de la divina voluntad para la edificación y salvación de la iglesia; y, por lo tanto, no pueden ser separadas; sin embargo, en cuanto a lo que propia y directamente pertenece a su objeto inmediato, el Nuevo Testamento es la perfecta constitución para la adoración, disciplina y gobierno de la iglesia del Nuevo Testamento y una regla perfecta para las obligaciones particulares de sus miembros, así como el Antiguo Testamento fue para la adoración, disciplina y gobierno de la iglesia del Antiguo Testamento y las obligaciones particulares de sus miembros.

5. Con respecto a los mandamientos y ordenanzas de nuestro Señor Jesucristo, donde la Escritura guarda silencio referente a expresar el tiempo y la forma de ejecución, si hubiere alguna; ninguna autoridad humana tiene poder de interferir queriendo suplir la supuesta deficiencia al hacer leyes para la iglesia; ninguna cosa será requerida de los cristianos en tales casos, sino solamente que observen estos mandamientos y ordenanzas como evidentemente responderá el declarado y obvio final de su institución. Mucho menos tiene poder ninguna autoridad para imponer nuevos mandamientos u ordenanzas a la iglesia que nuestro Señor Jesucristo no ha aprobado. Nada debe recibirse en la fe o adoración en la iglesia, ni debe ser término de comunión entre cristianos, que no sea tan antiguo como el Nuevo Testamento.

6. Aunque las inferencias y deducciones hechas de premisas escriturales, cuando sean verdaderamente inferidas, pudieran ser llamadas satisfactoriamente la doctrina de la Santa Palabra de Dios: aún así, no están uniendo formalmente sobre la conciencia de los cristianos más allá de lo que perciben como conexión y, evidentemente, observan que así son; para su fe no

deberán apoyarse en la sabiduría de los hombres, sino en el poder y la veracidad de Dios; por tanto, no se puede hacer deducción en términos de comunión si no pertenece propiamente a la edificación posterior y progresiva de la iglesia. Estando de acuerdo que tales deducciones o verdades inferidas no tienen ningún lugar en la confesión de la iglesia.

Existen más proposiciones, pero éstas son suficientes para mostrar el poco común y buen juicio de Campbell. En las siguientes décadas, miles más comprenderían que también ellos querían ser cristianos solamente, sin las complicaciones de la denominación. Serían, así, parte de este gran movimiento por la unidad, influencia que todavía está creciendo en el siglo veinte. Esta congregación forma parte del mismo esfuerzo por derribar paredes innecesarias entre cristianos.

¿Cómo, pues, podemos resumir qué clase de iglesia es ésta? Los siguientes diez términos te ayudarán a entender la naturaleza de la congregación con la que te estás reuniendo.

1) *Una iglesia Cristiana*

Nuestro mensaje es que «Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente». No necesitamos otro credo más que éste. Sólo él es el Señor y el Salvador.

2) *Una iglesia de Cristo*

La iglesia pertenece a Jesús. No tenemos autoridad para cambiar las enseñanzas, volver a escribir las reglas, ofrecer calidad de miembro alterada con nuevos requisitos o usurpar su autoridad. En un sentido estricto, la iglesia no es una democracia en la que el voto de la gente pueda gobernar por sobre los mandamientos del Señor.

3) *Una iglesia que busca unidad*

Así como los Campbells, Stone y miles más al comienzo del siglo diecinueve, así como incontables de miles a través de la historia, los miembros de esta iglesia buscan ser uno en Cristo con todos los demás a quienes Jesús llama suyos.

4) *Una iglesia que busca restauración*

Estamos tratando, tanto como sea posible, de imitar los precedentes que tenemos en el Nuevo Testamento. Por eso es

que nuestro bautismo es por inmersión, el partimiento del pan es cada Día del Señor (domingo), nuestros líderes se llaman ancianos, nuestra predicación es acerca del Cristo y nuestras oraciones son en el nombre de Jesús. Hasta el nombre de la iglesia es una manera de imitar a los primeros discípulos, a quienes les llamaron cristianos por primera vez en Antioquía (Hechos 11:26), y a las congregaciones locales a las cuales se dirigían frecuentemente como «las iglesias de Cristo (Rom. 16:16)».

5) *Una iglesia apostólica*

La iglesia que cita Efesios 2:19 y 20 fue «...edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo». Todo lo que conocemos acerca de Cristo y la iglesia, lo hemos aprendido a través de las enseñanzas y escritos de los compañeros más cercanos de Jesús, los apóstoles. Por tanto, estudiamos cuidadosamente el Nuevo Testamento, porque registra sus testimonios. Queremos edificar sobre un fundamento que no sea otro sino en el que Cristo designó.

6) *Una iglesia que piensa*

En la misma carta a los Efesios, Pablo ora porque Dios nos dé «espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, teniendo los ojos de nuestro corazón encendidos... (Ef. 1:17,18)». La fe cristiana demanda lo mejor que nuestras mentes puedan dar. Así que, somos una iglesia que estudia, queriendo conocer lo que la Biblia enseña y cómo poder aplicar inteligentemente su enseñanza al mundo de hoy.

7) *Una iglesia que siente*

La iglesia de la cual somos miembros tampoco es un intelectual y frío acercamiento a Dios. Nos regocijamos en el Señor, alabamos y oramos, amamos y servimos de corazón. Estamos tan emocionados con nuestro Señor y el servicio que le rendimos, como cualquier fanático de fútbol lo estaría de su equipo predilecto. No nos avergonzamos del evangelio ni nos apenamos por mostrar nuestra emoción ante los demás.

8) *Una iglesia que comparte*

Debido a la emoción que sentimos por Cristo, compartimos ávidamente con otros las Buenas Nuevas acerca de Jesús.

Anhelamos ganar para él a tantas personas como sea posible. Así que compartimos nuestra fe. También compartimos nuestras posesiones. Nuestro dinero, nuestra propiedad, nuestras vidas pertenecen al Señor; queremos usar todo lo que tenemos para ayudar a su causa y ser buenos prójimos con todos los que entremos en contacto.

9) *Una iglesia*

Como las primeras iglesias, ésta es una congregación independiente. No tenemos arzobispo, «siervo fiel y discreto», papa o superintendente denominacional o una central para determinar las políticas a seguir. Elegimos nuestros propios dirigentes como congregación, designamos y apoyamos a nuestros ministros, decidimos donde irá nuestro dinero para misiones y en cada paso determinamos el programa de la iglesia. Tampoco somos demasiado independientes como para no cooperar con otros. Nos asociamos libremente con otras congregaciones y cristianos que comparten nuestras convicciones. Reconocemos que solos no podemos llevar a cabo un programa misionero eficiente, por ejemplo, cooperamos con otras iglesias sosteniendo tanto a sus misioneros como sus causas misioneras que merecen el dinero. En este sentido somos una iglesia interdependiente, mas no totalmente independiente.

10) *Una iglesia que crece*

Queremos crecer en número, porque estamos bajo el mandato de Cristo de discipular a todo el mundo. Queremos crecer espiritualmente, porque sabemos que todavía no hemos alcanzado todo lo que Cristo quiere de nosotros. Queremos crecer como individuos, porque el cristiano que se ha detenido en el desarrollo de su servicio y amor por Cristo ha perdido el gozo de su salvación. Queremos crecer en fe, porque Jesús prometió que aquellos que verdaderamente creen en él pueden pedir cualquier cosa y la recibirán. Queremos poder pedir mucho y así hacer mucho y, por ende, ayudar a que su voluntad sea hecha «como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:10).

¿QUÉ HACE UN CUERPO?

Esta iglesia no es como cualquier otro grupo al que tú hayas pertenecido. Tal vez puedes ver ciertas similitudes con clubes u otras organizaciones, pero pronto descubrirás que ninguna es como ésta. Dios ha llamado a los cristianos a permanecer juntos en la iglesia con un propósito especial. Aquí encontrarás un compañerismo abundante de miembros que se pertenecen uno al otro y un alto sentido del llamamiento que los separa del resto del mundo.

La Biblia le da varios nombres a la iglesia. Es:

- un reino, del cual Dios es el supremo gobernante,
- una familia de fe, dentro de la cual todos los creyentes pertenecen a la cabeza de la familia y uno al otro. Como en otras familias, no con todos los miembros de ésta es fácil llevarse; algunos serán tus favoritos y otros no tanto, pero todos juntos pertenecemos a la misma,
- la «novia de Cristo» a quien tanto amó, que se dio a sí mismo por ella (Efesios 5:25-27),
- el templo del Espíritu Santo,
- un edificio no hecho de manos,
- una nación santa,
- pueblo escogido de Dios.

Probablemente el nombre más conocido y más atinado de todos los nombres de la iglesia es el que se encuentra en Romanos 12; I Corintios 12 y Efesios 4: el Cuerpo de Cristo.

Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo... (I Corintios 12:12, 13).

El apóstol Pablo, buscando alguna forma de expresar la manera única en que los cristianos se relacionan entre sí y con Cristo, encontró la comparación perfecta en el cuerpo humano.

Es natural que Pablo pensara en el cuerpo, no sólo por la manera en que el cuerpo encaja unido, sino por la importancia con que Dios vincula a la figura humana. El mensaje central de la iglesia es acerca de la necesidad que Dios sintió de comunicarse con la humanidad. La única manera de decir todo lo que quería decir fue

... tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2:7, 8).

Hubo algunas cosas que Dios podía lograr solamente a través de un cuerpo. En la persona y el cuerpo de Jesús, Dios estaba diciendo, «Aquí está el todo de Dios que ustedes pueden entender, y el todo del hombre que pueden llegar a ser». Sin Cristo, tendríamos una triste e inadecuada comprensión del carácter y el amor de Dios; sin Cristo, todavía estaríamos inseguros de una definición final de lo que significa ser hombre. Fue en su cuerpo físico que Jesús sanó al enfermo, enseñó a las multitudes, alimentó al hambriento, libertó a los cautivos y demostró el poder de Dios trabajando sobre la tierra. Cuando él caminó sobre la tierra, se estaban realizando los deseos de Dios para la humanidad.

Lo que Jesús hizo hace casi 2000 años en su cuerpo físico, la iglesia lo hace hoy como su cuerpo actual. A la iglesia se le ha dado la tarea de continuar su ministerio entre los perdidos, los enfermos, los prisioneros, los perseguidos y todos aquellos que claman a su nombre. Jesús no esperó solamente que sus discípulo-

los continuaran con su trabajo, sino que quiso que lograran aún más que él:

«De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre» (Juan 14:12).

El solamente comenzó la tarea de salvar de la destrucción a la raza humana. Luego, comisionó a su cuerpo para continuar esa tarea.

En un sentido práctico, la iglesia es el escuadrón de rescate de Cristo. Los miembros caminan el día de hoy donde Jesús caminó, no como un turista en la Tierra Santa tratando de recapturar las escenas de su día o volviendo a trazar sus pasos, sino llevando a cabo su sueño por la unificación total de la raza humana mediante la cruz (Mr. 8:34-38).

Para eso es el cuerpo

¿Cuál es tu parte en el trabajo del cuerpo? Te corresponde una gran parte. Mucha gente piensa que la iglesia es un bello lugar al cual ir, donde puedes mezclarte con gente de la mejor clase que te ayudará a ser una mejor persona. Ciertamente es que no puedes convertirte en parte de la iglesia sin llegar a ser una mejor persona, pero eso no conforma el todo de la iglesia. La iglesia existe sobre la tierra para mostrar lo que Dios ha planeado para la humanidad, para ser un modelo de su amor y la unidad de su pueblo, para ser el medio por el cual su Espíritu puede llevar a otros hacia sí mismo. Algunas veces los miembros de la iglesia parecen quedarse cortos de la intención inicial de Dios. De hecho, como alguien ha hecho notar, «La iglesia es como el Arca de Noé; si no fuera por la tormenta de afuera, uno no podría soportar el olor de adentro.» Eso es un poco exagerado, pero sí te previene de esperar perfección dentro del bote salvavidas. Cuando te sientas desanimado, piensa en dónde estaríamos sin los rescatadores.

Sé que te das cuenta de lo importante que es el trabajo de la iglesia. Lo que puede ser confuso es saber dónde cabes dentro de su ministerio. Puedes ver el papel del ministro, y saber cómo

contribuyen los miembros del coro; pero no te puedes ver en ninguno de estos papeles. Puedes estar tentado a verte sólo como un espectador. Pero es necesaria una advertencia. El cristianismo no es un deporte de espectador; al menos como Jesús lo planeó. Por eso es que el apóstol Pablo le denomina a la iglesia cuerpo; por cada miembro del cuerpo existe un servicio que llevar a cabo para el resto de los miembros. La iglesia no necesita otro apéndice.

Por supuesto que un cuerpo tiene muchísimos miembros. Un cuerpo sin el sentido del oído o la vista, o que carece de una mano o un pie, no está completo. Cuando Jesús seleccionó a sus primeros seguidores, él escogió hombres de diferentes vocaciones, desde pescadores hasta cobradores de impuestos, y con muy visibles y diferentes temperamentos, incluyendo al impetuoso e impulsivo Pedro y al precavido e incrédulo Tomás. Evidentemente Jesús quería personas de diferentes talentos y características para llevar a cabo su obra. El no esperaba que una persona tuviera todas sus habilidades, sino quería que todo el grupo trabajara junto como un cuerpo completo. ¡Y qué cuerpo tan poderoso fue!

Así que, la iglesia de hoy está compuesta de una amplia diversidad de personalidades. Diferimos en trasfondo, talentos, nivel educativo, cuentas bancarias, en raza y cultura, en opinión política y en prácticamente todo lo demás que puedas mencionar. Pero todos somos miembros de un cuerpo, la iglesia. Se espera que cada miembro se preocupe por los demás. «Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho» (I Corintios 12:7).

No existen los «don nadie» en el cuerpo, ni tampoco los miembros de rango superior. Somos compañeros miembros. H.L. Mencken definió una vez a un arzobispo como «cristiano eclesiástico de rango superior al que obtuvo Cristo». Eso explica por qué no tenemos arzobispos en esta iglesia. Aquí, a ninguno se le permite tener un rango superior a Cristo, quien claramente indicó que un discípulo no es superior a su maestro, y este Maestro fue quien lavó los pies, la tarea más denigrante

de un esclavo dentro de una familia (busca Juan 13:1-20; «De cierto, de cierto os digo: el siervo no es mayor que su señor»). Tal vez no puedas predicar como Pablo o cantar como un ángel, pero puedes amar a tus compañeros discípulos (Juan 13:35) y ministrarles en sus necesidades en el Espíritu de Cristo.

Cuando te conviertes en cristiano, eres bautizado en Cristo y en su cuerpo. La Biblia no conoce el cristianismo privado. Puede ser que hayas oído de la antigua anécdota acerca de la vez en que a Calvin Coolidge se le preguntó, «¿Puedo adorar a Dios en las verdes llanuras?» El respondió en su acostumbrada brevedad, «Puedes, pero no lo hagas». Las verdes llanuras están bien, pero Dios quiere mucho más que sólo nuestra apreciación del trabajo de sus manos al formar la naturaleza; él quiere que pertenezcamos los unos a los otros y trabajemos por Cristo. Cada miembro en la iglesia tiene un servicio que ofrecer al Señor, en el espíritu del apóstol Pablo, quien escribió,

«Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Romanos 12:1).

¿CUÁLES SON LOS DERECHOS?

UN NUEVO MIEMBRO de una organización siempre va a preguntar, «¿Qué derechos tengo?». Muchos cristianos han entrado a la iglesia sin que nadie les advierta del costo que involucra. Todos esperamos pagar los derechos en cualquiera otra organización, así que estamos preparados para contribuir a la iglesia. Sólo queremos saber cuánto.

«¿Cuánto me va a costar a mí?» Esto realmente tiene dos respuestas. Ser cristiano no te cuesta nada y, a la vez, todo.

No cuesta nada porque la salvación y la vida eterna son regalos de Dios. No puedes comprar tu salvación; no puedes ganarte la entrada al cielo. Como dice Romanos 6:23, «la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro». Tu salvación depende únicamente de tu aceptación de la gracia de Dios. Así que, no te cuesta nada convertirte en cristiano.

Por otro lado, ser cristiano te cuesta todo. Un cristiano reconoce que todo lo que es y posee pertenece a Dios. Como discípulo de Cristo, cada cristiano imita a su Maestro dando su todo a Dios. Nada de lo que tiene es realmente suyo: «...no sois vuestros... Porque habéis sido comprados por precio; gloriad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (I Corintios 6:19, 20).

Un cristiano reconoce que al no ser dueño, ni de sí mismo, debe ser un mayordomo. El Nuevo Testamento, frecuentemente, utiliza esta palabra para aplicarla a los cristianos. Un ma-

yordomo, en tiempos bíblicos, era un hombre esclavo o libre que administraba una casa en favor de su dueño. Toda familia que podía permitirse este lujo tenía un mayordomo para cuidar de su propiedad y de los hijos menores.

Tres principios básicos se aplican a nuestra mayordomía:

1. *No somos dueños de nada. Dios es dueño de todo.*

«De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan» (Salmo 24:1).

«Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos» (Hageo 2:8).

«Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos» (Romanos 14:8).

2. *Por lo tanto, cualquier cosa que tenemos no es nuestra, sino de él y nosotros solamente la administramos para él.*

«Y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas...» (Deuteronomio 8:17, 18).

«A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna» (I Timoteo 6:17-19).

«Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos» (I Crónicas 9:14).

3. *Algún día daremos cuenta de nuestra mayordomía.*

«De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14:12).

«Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba

según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (II Corintios 5:10).

Debido a que Dios es el dueño de todo lo que tenemos, necesitamos examinar lo que él espera de la inversión que ha hecho en nosotros. Pensemos en el manejo de nuestro dinero, tiempo, talentos y aún de nuestra influencia.

Dinero

En el Nuevo Testamento encontramos varias sugerencias para guiar nuestro dar en dinero:

- da primero al Señor (II Corintios 8:5; Romanos 12:1).
- da voluntariamente (II Corintios 8:12).
- da con alegría (II Corintios 9:7; Hechos 20:35).
- da liberalmente (Lucas 6:38; II Corintios 9:6, 7; Romanos 12:8).
- da constante y proporcionalmente (I Corintios 16:1,2; II Corintios 9:6, 7).
- da con expectación (Marcos 10:28-31; Mateo 6:33; Lucas 6:38; Gálatas 6:6-10; II Corintios 9:6-11).

Cada nuevo creyente, tarde o temprano, aprende que la norma para la mayordomía del dinero en la iglesia forma parte de lo que se llama el diezmo. Inicialmente, suena como dar solamente algo de ofrenda, pero en poco tiempo el nuevo miembro se da cuenta que un diezmo es algo muy específico. Esta palabra significa en realidad el diez por ciento. La Biblia nos enseña que el diezmar ya se practicaba desde el principio de la historia, aún antes de la ley de Moisés (busca Génesis 14:17-20). Después en la ley Mosaica, la cual gobernó a la nación de Israel a través del Antiguo Testamento, el diezmar se hizo obligatorio para todo el pueblo de Dios (busca Levítico 27:30-34; Números 18:24). Era un acto de adoración y reverencia a Dios (Deuteronomio 14:22, 23); se tomaba tan seriamente que retenerlo se consideraba robar a Dios (Malaquías 3:8). Al diezmador consciente, por otra parte, se le prometían las más

finas bendiciones de Dios (Malaquías 3:9-11).

Cuando Cristo vino cumplió la Ley; no menospreció los patrones de conducta del Antiguo Testamento, sino los elevó (véase el Sermón de la Montaña, Mateo, capítulos 5-7). El aprobó el diezmo (Mateo 23:23) pero requirió más que un diezmo legalista de sus seguidores; al diezmo se le debe agregar justicia, misericordia y fe. El encargó a sus seguidores situar el reino de Dios por sobre todas las posesiones terrenales (Mateo 6:25-34; 19:16-30). Las iglesias del Nuevo Testamento obedecieron este mandato de Cristo, al dar estando aún en pobreza extrema (2 Corintios capítulo 8), y fueron tan generosos en su mayordomía del dinero que muchos vendieron todo lo que tenían para dar a otros. Ten por seguro que nadie estuvo en necesidad (Hechos 2:44-47; 4:32-37). Así como el pueblo de Israel sostuvo a sus sacerdotes y trabajadores del templo con sus diezmos, así instruyó el apóstol Pablo que aquellos que proclaman el Evangelio deben ser sostenidos por los que reciben su ministerio (busca I Corintios 9:13, 14 y Números 18:24-29).

Pero, podrás protestar, ¿cómo puedo diezmar siendo que apenas si puedo pagar mis gastos actuales?

Quienes han diezclado durante años testificarán que nunca les ha hecho falta el diez por ciento. De hecho, están convencidos que el noventa por ciento alcanza más con Dios que el total del cien por ciento sin su ayuda. Pero comenzar a diezmar es realmente un paso de fe. Es una decisión definida encomendada a «buscar primero el reino de Dios y su justicia» y, probablemente, no pueda ser tomado sin alguna impulsividad de cambiar hacia nuestras prioridades. Sin duda, tu decisión en diezmar propiciará la simplificación de tu estilo de vida, ya sin algunas de las cosas que antes pensabas que eran muy importantes. Diezmar te hará situar tu fe en Cristo, y no en tu dinero. Diezmar te dará el placer de saber que estás teniendo parte activa en la predicación del evangelio y en el ministerio completo del cuerpo de Cristo. Aunque al principio diezmar, es un sacrificio; recuerda que la vida cristiana completa demanda sacrificio, eso es lo que significa la cruz.

Cierto hombre que estaba cansado del énfasis de la iglesia sobre el dinero se quejó con su ministro: «Este asunto del cristianismo es sólo un continuo dar, dar y dar».

El ministro pensó acerca de la queja de este hombre durante un minuto y entonces respondió: «Quiero darle las gracias por una de las mejores definiciones del cristianismo que jamás haya escuchado».

El ministro está en lo correcto. El cristianismo trata acerca del regalo de la gracia de Dios para con nosotros a través de Jesucristo; acerca del regalo de Cristo para nosotros, el Espíritu Santo; acerca del regalo del Espíritu para nosotros a través de la iglesia; acerca del regalo de la iglesia del amor, la misericordia y su ministerio. Sima dádiva de la iglesia, ¿de dónde hubiera recibido el mundo sus primeros hospitales, escuelas, colegios y aún su conciencia? Sí, el cristianismo es dar; por eso los cristianos, quienes han recibido mucho, dan libremente.

Tiempo

No únicamente damos dinero. De hecho, algunas veces, es muy fácil dar dinero. «Buscar primero el reino de Dios» es apartar tanto tiempo como finanzas para la obra de Dios. Uno no puede ganarse a Dios con una ofrenda ocasional. Su servicio también requiere que contribuyamos con nuestro tiempo.

La mayordomía del tiempo requiere una cuidadosa planeación. El tiempo es tan limitado, aún la vida más larga es muy corta. Sin una sabia administración de los recursos humanos, oportunidades invaluablees para el servicio cristiano y crecimiento personal pueden ser desperdiciados.

¿Qué es el tiempo? Quizá la definición que más nos podría ayudar, aunque no exactamente precisa, es la de Benjamín Franklin: «El tiempo es de lo que está hecha la vida». Algunas personas parecen manejar su tiempo con eficiencia increíble. Logran tres veces más de lo que la mayoría de nosotros. Han aprendido sólo unas cuantas lecciones acerca del manejo del tiempo: han delineado sus prioridades, No lo dejan para otro día. Respetan el tiempo como una comodidad preciosa. Se per-

catan de que el día de hoy es todo el tiempo con el que cuentan para trabajar, así que no dejan para mañana lo que pueden hacer hoy, porque el mañana quizá nunca llegue. Están de acuerdo con Thomas Carlyle, quien dijo: «Nuestra principal tarea no es ver lo que está situado indistintamente a la distancia, sino hacer lo que está situado claramente a la mano». Eso es, no sueñan despiertos.

Moisés lo puso de otra manera: «Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría» (Salmo 90:12).

Entonces, ¿cómo debemos usar nuestro tiempo para Dios? Primero, haz algunas preguntas básicas:

1. ¿Cuál es la cosa más importante que hay que hacer?
2. ¿Le estás dando al tiempo prioritario su primer lugar?
3. Al examinar el uso de las 112 horas que pasas despierto en una semana, ¿cuánto de este tiempo estás usando para el trabajo de Dios conscientemente? («He malgastado el tiempo y ahora el tiempo se me acaba,» se quejaba el rey Ricardo II de Shakespeare).

4. Cuando das cuenta completa de tu mayordomía del tiempo, como de la mayordomía de tu dinero, ¿puedes justificar ante Dios tus prioridades de tiempo? («¿Cómo supones que algunos pasarán la eternidad —pregunta Ralph Waldo Emerson—, cuando no saben cómo pasar la próxima media hora?»)

5. Recordando que «el fin de todas las cosas está cerca», ¿estás viviendo cada día como si fuera el último? («Me es necesario hacer las obras del que me envió —dijo Jesús—, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» [Juan 9:4]).

Con estas preguntas en mente, un cristiano determina dar al trabajo del Señor la primera prioridad. Esto significa estar presente en los cultos de adoración y estudios bíblicos, ser voluntario para ayudar en servicios congregacionales y proyectos de misiones y estar preparado para llevar a cabo una parte justa de la carga del trabajo de la iglesia.

Talentos

Como lo discutimos al principio, en un capítulo anterior, la iglesia está organizada como el cuerpo humano, con cada miembro contribuyendo al bien de todos, y con una gran diversidad de talentos y habilidades representadas entre los miembros. Ningún miembro los tiene todos, pero cada miembro tiene algo con qué contribuir al bienestar de todos. Así es como los presenta Pablo:

«Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada: si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si el de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría».
(Romanos 12:4-8)

Observa que Pablo no espera que todos tengan las mismas capacidades, sino que, también, cada miembro pueda ofrecer algo. La lista se podría expandir, ¿verdad? Tu don podría ser incluido. Recuerda, como comentó alguna vez Phillips Brooks, que «es tan presuntuoso pensar que no puedes hacer nada, como pensar que puedes hacer todo». El Espíritu que capacitó a Pablo para predicar y enseñar, también te capacitará para darle al Señor un don importante.

Lo que Dios te ha dado, él puede usarlo para ayudar a la iglesia. Su causa ha sido bellamente servida por cocineros y consejeros, por carpinteros y plomeros, por oradores y oyentes, por cantantes y monótonos.

Para descubrir lo que puedes dar al Señor, fórmulate estas preguntas sencillas:

- 1) ¿Qué tengo para dar?
- 2) ¿Quién lo necesita?
- 3) ¿Qué tanto está recibiendo Dios como devolución por su inversión en esta habilidad o don en mí?

Influencia

Un área en la que debemos rendir cuentas y que es pasada por alto por la mayoría en la vida cristiana es aquella de la influencia. Aunque despreciemos nuestra habilidad para influir en los demás, necesitamos recordar, como dijo Aristóteles, que «podemos hacer actos nobles sin gobernar la tierra y el mar». De hecho, como alguien más lo ha comentado sabiamente, cuando una persona es cristiana, aún su perro debe ser mejor por ello.

Todos operamos en una esfera de influencia. Diariamente tocamos muchas otras vidas. ¿Lo hacemos para bien o para mal? Una meta para nosotros será vivir como lo dice la alabanza que el poeta W. H. Auden dio a uno de sus compañeros poetas, T.S. Eliot. «Tan alto como uno era en la presencia de Eliot —dijo Auden—, uno sentía que era imposible decir o hacer algo que fuera una bajeza». Al otro extremo está la influencia negativa de la maestra de escuela dominical quien persuadió, a través de su lección, a uno de sus pequeños alumnos, a poner en primer lugar el reino de Dios en su vida. Más tarde, cuando descubrió que su maestra enseñaba su lección e iba a casa sin molestarse en asistir al culto, no volvió otra vez. Muchas veces pensó ella en el porqué perdió interés el pequeño. Su lección era perfectamente aceptable, pero su influencia negativa.

Dios se impresiona tanto con nuestra constante influencia como con nuestros sermones predicados. Su manera siempre ha sido escoger las cosas débiles y que parecen insignificantes de este mundo (un establo, una cruz, una tumba, una mesa) para lograr sus obras. Como dijo una vez Phillips Brooks, el famoso predicador americano: «Ningún hombre o mujer de la clase más humilde, puede ser realmente fuerte, gentil, puro y

bueno, sin que el mundo sea mejor por ello; sin que alguno sea ayudado y consolado por la mera existencia de esa bondad.»

He aquí algunas preguntas para ayudarte a estimar tu influencia:

1) ¿A quién conoces?

2) ¿De qué hablas cuando estás con ellos?

3) Delante de ellos, ¿cuáles son tus convicciones?

4) ¿Reconocen que eres un cristiano comprometido, o se sorprenderían en descubrir tu relación con Cristo?

El famoso misionero inglés que fue a la India, E. Stanley Jones, cuenta de una misionera que dio instrucciones específicas a un contratista acerca de poner un techo de concreto sobre un edificio. Pero para ahorrar dinero, él hizo unos cambios, ignoró las instrucciones y construyó un techo que se cayó, hiriendo a un joven sirviente y causando una gran pérdida financiera a la misionera. Cuando le avisaron del accidente, ella corrió al lugar del accidente e ignorando la pérdida, inmediatamente auxilió al jovencito. Algunos de los obreros hindúes, hablando del asunto se preguntaban por qué la misionera había prestado poca atención en lo perdido y mucha atención y amor en el muchacho. «¿No entienden? —dijo otro joven sirviente—, ella es cristiana y los cristianos siempre piensan más en las personas que en las cosas». Ese es el poder de la influencia.

Espero que ahora entiendan lo que cuesta ser discípulo de Cristo. Pagamos los «derechos» para pertenecer a la iglesia, pero los pagamos voluntariamente, más aún con alegría, debido a las recompensas sin igual que asisten a la vida cristiana.

¿Cuándo termina esto? ¿Cuándo hemos dado suficiente? Aquí está la respuesta:

«Anda, cóparte al necesitado, dulce pan de caridad,

Porque dar es vivir,» dijo el ángel.

«¿Y deberé seguir dando una y otra vez?»

Mi displicente y egoísta respuesta corrió.

«¡Oh, no!» dijo el ángel, traspasándome,

«¡Da sólo hasta que el Maestro cese de dartel!»

¿CUÁLES SON LAS REGLAS?

¡No hay ninguna!

ESTE ES EL MÁS EMOCIONANTE y, al mismo tiempo, enigmático factor de ser miembro de la iglesia. Muchas personas piensan que ser cristiano es cumplir con una gran cantidad de reglas por las cuales Dios nos recompensará; si no cumplimos con cada una de ellas, por supuesto, podemos esperar castigo. Así que cuando se hacen miembros de una iglesia, automáticamente preguntan, «¿cuáles son las reglas?»

Algunas veces son muy específicos:

«¿Puedo ser cristiano y seguir fumando?»

«¿Y si juego cartas?»

«¿Tengo que dejar de bailar?»

Y ahí sigue la lista, incluyendo preguntas acerca de la bebida, actividades deportivas, la participación militar y cosas por el estilo. Frecuentemente, también quieren saber a cuantas reuniones y cultos de la iglesia tienen que asistir, o si se la pueden pasar con sólo una experiencia de adoración a la semana. La verdadera pregunta, aunque no siempre tan directamente planteada es «¿Cuánto puedo salirme con la mía y aún ser cristiano?» Para contestar esa pregunta, tienes que saber cuales son las reglas.

Pero, ¿y si no hay reglas?

Eso es lo que frustra a algunos nuevos cristianos. Quieren que alguno, su pastor, o algún cristiano maduro, les explique deta-

lladamente lo que pueden y lo que no pueden hacer. Pero los cristianos sabios titubean en reducir algo tan maravilloso como la vida cristiana a un legalista formulario de hacer y no hacer.

Es en este punto que la religión cristiana es tan distinta de cualquier otra religión o sociedad en general. Fue a gente exactamente como nosotros y de quienes toda su experiencia religiosa estaba basada en reglas, a los que el apóstol Pablo escribió:

«Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud»
(Gálatas 5:1).

Anterior a eso, Pablo había explicado a estos creyentes galatas la diferencia que Cristo había hecho en sus vidas. Al principio, habían sido encadenados a una religión de reglamentos, pero ahora ya no.

Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos (Gálatas 3:23-27).

Así que la gran bendición de ser cristiano es que ahora somos libres. Cristo nos libertó de la tiranía de las reglas.

Un profesor cristiano de psicología explicó a una congregación este emocionante regalo de Cristo. Para ilustrar este punto les dijo: «Cuando salgan del culto, pueden irse y hacer lo que quieran». Varios del auditorio le dijeron después, que consideraban peligrosa su declaración. Sin embargo, cuando les respondió, él enfatizó aún más, «¿Qué clase de gente son ustedes?»

Miren, Cristo no nos libertó para hacer cualquier cosa. El nos libertó para convertirnos en las personas más finas que sea posible. El no puso reglas, porque la mejor gente no necesita reglas, ¡y él no quiere que seamos, sino la mejor gente!

La vida nos presenta cientos de elecciones diariamente. Ninguna de ellas es muy significativa frecuentemente. Pero al sumar todas las decisiones que has hecho en tu vida, puedes ver que tus elecciones están moldeando gradualmente tu carácter encaminándolo hacia lo mejor posible o hacia lo peor posible. Te estás moviendo hacia Dios o hacia Satanás. Cristo nos ha dejado el poder de la decisión. Él se ha presentado como la Persona ideal. Con él como nuestro ejemplo no necesitamos reglas; sólo necesitamos seguir al Modelo.

De vez en cuando, en esta iglesia nos oírás decir: «No tenemos otro credo que Cristo». En primer lugar, eso significa que no requerimos que memorices o repitas ninguna declaración de fe, excepto tu fe en Cristo como Hijo de Dios. También significa algo más. Significa que no tenemos otro conjunto de reglamentos o expectativas sino a Cristo. En vez de darte una lista de, por decir, veinticinco reglas que debas obedecer, sólo apuntamos hacia Cristo y decimos, «llega a ser como él.» Él es nuestro Salvador y Señor. Queremos complacerlo; queremos llegar a ser como él.

Francamente, esto demanda más que cualquier sistema legalista. Jesús estableció el patrón a seguir en el Sermón del Monte. En ese sermón dijo: «Así que, todas las cosas que queréis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» (Mateo 7:12). Esta «Regla de Oro» es lo que más gente conoce como ética cristiana. Es muy difícil de vivir, pero hay una medida que sirve de norma aún más elevada: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mateo 5:48).

Los discípulos de Jesús no están contentos con nada menos que complacerlo, y complacerlo es ser lo mejor.

Puesto que mucha gente piensa que la esencia de la ética cristiana se encuentra resumida en los Diez Mandamientos, tal vez debemos decir algunas palabras al respecto. No existe duda de que estos reglamentos de la ley del Antiguo Testamento han condensado más influencia en la ética y la ley en

países cristianos que cualquier otro documento sagrado. En la Edad Media, por ejemplo, no era insólito que los códices legales comenzaran con los Diez Mandamientos como advertencia, y aún hoy existen personas que vagamente saben algo del cristianismo, pero en cambio, si conocen la mayoría de los Diez Mandamientos.

Se encuentran dos listas, una en Exodo 20:1-17 y la otra en Deuteronomio 5:6-21. Realmente no son listas de reglas; en su lugar son términos del pacto (acuerdos) entre Dios y su pueblo, indicando responsabilidad humana hacia Dios y hacia los demás de su pueblo. Son el código moral de los redimidos de Dios. Porque Dios los ha redimido, él espera que se comporten con una moral elevada. Claro está que la religión y la moral no pueden separarse. Los primeros cuatro mandamientos son «religiosos», los últimos seis son éticos. Todos los mandamientos son generales, lo que algunas veces se nos dificulta es saber cómo aplicarlos a situaciones específicas. Pero también son flexibles y, por tanto, pertinentes en muchas culturas.

Los Diez Mandamientos han servido como una excelente guía general para la conducta moral a través de los siglos. Cuando Cristo vino, sin embargo, cumplió la ley antigua, incluyendo los mandamientos. Al cumplirlos no los hizo a un lado; en su lugar, mostró su verdadero significado y elevó aún más las normas.

Es muy popular pensar que el resumen de la ley hecho por Jesús es la Regla de Oro. («Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» [Mateo 7:12]). En cierto nivel, esta es una buena declaración resumida, pero deja fuera el factor motivacional. Realmente no nos dice por qué debemos actuar así hacia los demás.

Jesús resumió más claramente toda la ley, y de paso dio su propio modelo ético, en Mateo 22:34-40. Entre los oyentes a los cuales Jesús se dirigía había un abogado. El formuló una variante de la pregunta que hemos estado considerando en este Capítulo, «¿Cuáles son las reglas?» Su pregunta fue: «Maes-

tro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?» Y Jesús respondió con su magnífica enseñanza respecto a las reglas de fe:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

Este es el primero y grande mandamiento.

Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.

Ahora podemos entender por qué el psicólogo cristiano le dijo a su congregación, «Cuando salgas del culto, puedes ir y hacer lo que quieras», y luego les preguntó acerca de qué clase de gente eran. Si eres de Cristo, y estás deseoso de complacerlo, amarás tanto a Dios y amarás tanto a tu prójimo que estarás en libertad de hacer lo que quieras; porque querrás hacer lo mejor. Te has trasladado más allá de las reglas del amor, más allá del egoísmo humano hacia el desinteresado amor cristiano.

Mucho más allá, cuando tienes duda respecto a cómo amar, tienes un ejemplo de amor a seguir, Jesucristo. Recuerda que cuando fuiste bautizado te revestiste de Cristo. Enterraste tu antiguo egoísmo y conciencia culpable; fuiste levantado de los muertos como Cristo fue levantado. Ahora, tú perteneces a él, te has identificado con él. Eres una persona nueva y amorosa (busca Romanos 6:1-11).

Ahora que eres de Cristo, tienes un nuevo punto de vista hacia todo en la vida. Como Will Rogers, por ejemplo, «mejor prefieres ser el que compró el puente de Brooklyn que el que lo vendió». Como el Hamlet de Shakespeare, tú «asumirás una virtud, si no la tienes». Como C.S. Lewis, aún en el caso de que no estás seguro que amas a tu prójimo, actuarás como si lo hicieras. Y como Cristo, «[andarás] en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros» (Efesios 5:2).

No siempre será fácil. Paul Geren escribió una historia muy sensible de sus experiencias en Burma durante la guerra. En una ocasión —escribió él—, era uno de los tres hombres que tenían la responsabilidad de ayudar a trasladar gente de un

hospital a otro. Estando parados en la puerta de entrada del edificio que había sido designado para las víctimas de disentería, oliendo el aire viciado y con el estómago revuelto por esta escena inaguantable, uno de los hombres dijo, «estoy muy contento en este preciso momento de que soy agnóstico». Más tarde Geren explicó que lo que quiso decir fue que puesto que no creía en el amor de Cristo, podía dejar el odioso trabajo de cambiar a estas víctimas de disentería en otras manos. Sabía que un cristiano no era libre para quedarse parado y mirar. El amor demandaba que ayudara.

La verdadera pregunta para los cristianos no es, «¿Cuáles son las reglas?» sino «¿Qué demanda el amor de Cristo que haga en esta situación?»

¿CÓMO CRECE UN CRISTIANO?

ESTA ES UNA BUENA PREGUNTA, porque reconoce lo que es obvio de cualquier manera: un creyente nuevo no es un producto terminado. Convertirse en cristiano es nacer de nuevo (lo cual te convierte espiritualmente en un bebé), ser una nueva criatura en Cristo (un ser nuevo con mucho que aprender), para comenzar a vivir de nuevo, con un largo camino que recorrer. Estás indudablemente avergonzado de que no conoces más; tal vez puedas tener temor de hablar en clase porque no quieres poner al descubierto tu ignorancia. Si has aceptado a Cristo, probablemente te sientas tímido al admitirlo, porque no estás exactamente seguro de cómo debes actuar como miembro de la iglesia.

Si así es como te sientes, ¡qué bien! Eso significa que estás tomando seriamente tu fe en Cristo. Eres como los primeros cristianos, aquellos descritos en Hechos 2:41-47. Estas personas creían en Cristo, eran bautizadas en él y formaron la primera iglesia. Pero tampoco sabían mucho. Conocían suficiente para hacer lo que Pedro les había instruido, pero eso era todo. Reconociendo su necesidad, inmediatamente determinaron crecer. Lo que hicieron lo sabemos por el verso 42: «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones». Veamos cada uno de estos asuntos.

La enseñanza de los apóstoles

Había muchas cosas que los nuevos seguidores de Jesús nece-

sitaban conocer acerca de él. ¿Cuál era la prueba bíblica de que en verdad él era el Mesías prometido en el Antiguo Testamento? ¿Cuáles eran sus enseñanzas más importantes? ¿En realidad hacía milagros, y si así era, por qué? ¿Qué esperaba que hicieran sus discípulos? ¿Cuál era su relación con Dios el Padre? Estas y otras innumerables preguntas clamaban por una respuesta. Sólo había una fuente donde encontrarla: los apóstoles, los más allegados a Jesús. A ellos se había dedicado Jesús, enseñándoles todo lo que el Padre le había enviado revelar. Ahora era su turno de enseñar a otros.

Desde el principio, aquellos que creían en Cristo se juntaron en pequeños y grandes grupos para aprender todo lo que los apóstoles pudieran enseñarles acerca de Jesús. Las Escrituras en aquellos días eran los libros del Antiguo Testamento; el Nuevo Testamento todavía no había sido escrito. Los apóstoles, que fueron testigos oculares de la vida, muerte y resurrección de Jesús, podían contarles muchos eventos e historias fascinantes de la vida de Jesús; también podían enseñarles lo que el Antiguo Testamento significaba a la luz de la venida del Mesías. Los nuevos creyentes necesitaban oír todo lo que los apóstoles pudieran enseñar.

Y nosotros también. Por eso es que tenemos clases de Biblia para adultos así como para niños. Nosotros los adultos también necesitamos aprender. Tenemos algo de ventaja sobre los primeros cristianos, ya que ahora tenemos las enseñanzas de los apóstoles juntas y encuadradas en un sólo volumen, el Nuevo Testamento. Por tanto, podemos estudiar convenientemente, en sermones y clases, el ámbito de las enseñanzas y el ministerio de Jesús, la naturaleza de la primera iglesia y los principios de vida para el caminar del cristiano actual.

Quiero decir algo más. Muchos cristianos dedican su vida a estudiar la Biblia. Desafortunadamente, permanecen como estudiantes y nunca se gradúan a fin de asumir las responsabilidades de enseñar. Sin embargo, aún así, sabemos que el maestro aprende mucho más que el alumno. Así que déjame animarte para mirar hacia el día en que seas el mejor estudiante

de las enseñanzas apostólicas que puedas llegar a ser; el día en que seas llamado maestro. Sea que enseñes a adultos o a niños del tercer grado de educación primaria, encontrarás que tu vida crecerá ricamente al dedicarte a guiar a otros en el estudio de la doctrina de los apóstoles.

Compañerismo

El compañerismo empieza con la asistencia, con el solo hecho de estar juntos. Básicamente, significa compartir. La vida cristiana es una vida compartida. Involucra cuidado mutuo y ayuda. Hebreos 10:25 nos exhorta a no dejar de reunirnos, porque necesitamos animarnos unos a otros.

Ese es un buen consejo en nuestro siglo. Los sociólogos nunca se cansan de describir los peligrosos efectos de la actual sociedad urbana, altamente industrializada y cambiante. La gente está solitaria, perdida entre las multitudes aceleradas de personas inadvertidas. Se sienten anónimas; nadie conoce sus nombres. Están cansados de ser un número más, cansados de pelear con computadoras impersonales, cansados de lo que les recuerda su carencia de significado. Quieren ser alguien; desean amar y ser amados. Anhelan compañerismo.

Desde el comienzo, la iglesia ha enfatizado el compañerismo. Lo que importa verdaderamente, en la iglesia sucede cuando los miembros se reúnen y ríen, escuchan, oran, estudian y simplemente gozan la presencia uno del otro.

Algunas cosas realizadas por la iglesia no tienen otro motivo de llevarse a cabo sino el que los miembros desean estar juntos. ¡Esa es toda la razón que se necesita! No hay nada solitario alrededor de la vida cristiana. Realmente no puedes ser un cristiano practicante solitario.

Necesitas el compañerismo de otros cristianos

El apóstol Pablo dice que todo el propósito de sus escritos es que «lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesu-

cristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido» (I Juan 1:3, 4). Es en tal compañerismo que el gozo alcanza su plenitud. No cabe duda del porqué los cristianos siempre han tomado en serio compartir el uno con el otro.

El partimiento del pan

Al principio puede parecer extraño incluir «el partimiento del pan» como una de las formas en que crece un cristiano. Pero los primeros cristianos creyeron que era tan importante que en aquellos tiempos se reunían, diariamente, con este propósito en casa de los miembros y, más tarde, no menos de una vez por semana. «El partimiento del pan» tenía dos significados para ellos. En primer lugar, se refería a sus alimentos comunes. Semejaban nuestra moderna comida de «traje», donde cada familia trae algo para compartir con los demás. Después de concluir con la comida, era observado el momento especial del «partimiento del pan», en memoria de la última Cena del Señor, una barra de pan era partida y distribuida junto con el jugo del fruto de la vid y con oraciones especiales.

Años más tarde estas dos prácticas fueron separadas, una (la fiesta de amor) llegando a ser menos prominente en la vida de la iglesia, pero la otra (la comunión) permaneciendo de manera central hasta el día de hoy en la adoración de la iglesia. La comunión está a la par con el bautismo como uno de los dos actos por medio de los cuales los cristianos se unen con Cristo y permanecen en comunión con él. La Cena del Señor, por tanto, es una remembranza constante de compañerismo con Cristo; también representa la unidad de todos los cristianos en el cuerpo de Cristo, cuando se reúnen alrededor de una mesa y toman parte del pan y el jugo de uva.

Las oraciones

Los primeros cristianos no necesitaban estar convencidos del valor de la oración. Ellos ya habían creído en Dios y estaban acostumbrados a orar regularmente, aún instintivamente. Puede ser que no te hayan enseñado a decir oraciones regularmente, pero

sin duda alguna vez te has encontrado hablando con Dios en términos breves y sencillos. Tal vez, ni siquiera le has llamado oración a eso, sin embargo, es eso precisamente. Esa clase de oración es «el sincero deseo del alma, indecible o expresado».

Hacer oración es, por lo tanto, un instinto natural. Todo lo que necesitas hacer ahora es ser más consciente en tu vida de oración, apartando tiempo específico para hablar con Dios y meditar en su Palabra. Como añadidura a este tiempo de oración personal, desearás ser fiel con tu participación en las oraciones de la iglesia, en los cultos y estudios bíblicos. Hechos 2:46 dice que los primeros cristianos continuaban yendo al templo en Jerusalén para orar, así como oraban y estudiaban en las casas.

Por supuesto, una cosa es saber que debemos orar, y otra muy diferente saber cómo hacerlo. Jesús nos da varias sugerencias útiles destinadas a nuestra vida práctica de oración. En Mateo 6:7-15 nos advierte contra la hipocresía, o sea, practicar nuestra piedad a fin de atraer la atención por nuestra excelencia religiosa. El también alivia la ansiedad que muchas personas tienen debido a que no pueden usar palabras rebuscadas o hacer oraciones largas. El enseña que no son necesarias. De hecho, pueden ser señales de hipocresía.

Aquí hay otras sugerencias:

1. Oremos en el nombre de Jesús.

«Y todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13, 14).

2. Oremos en armonía con las enseñanzas de Jesús.

«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7).

3. Pidamos en armonía con la voluntad de Dios.

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:9, 10).

4. Pidamos en armonía con otros cristianos.

«Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque

donde están dos o tres congregados en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18:19, 20).

5. Pidamos en honestidad.

«Pedís; y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad contra Dios?» (Santiago 4:3, 4).

Lo que realmente importa en nuestras oraciones no es si nos arrodillamos o permanecemos de pie, o si tenemos un corto o gran vocabulario. Después de todo, el Espíritu Santo nos ayuda a orar cuando no podemos poner nuestros pensamientos en palabras (Romanos 8:26). Lo que importa, como lo muestra el versículo anterior, es si somos sinceros o no, en nuestra relación con Cristo.

Para nuevos o viejos cristianos, es muy útil apartar un tiempo especial, diariamente, leyendo la Biblia y orando. Cuando así lo hacemos, encontramos que nuestras oraciones automáticamente comienzan a tener semejanza con la oración del Padre Nuestro. Oraremos a él, desearemos hacer su voluntad, pediremos por las necesidades diarias. Algo más, nos volveremos agudamente conscientes de nuestros pecados y entonces pediremos perdón; también nos volveremos conscientes de nuestras actitudes hacia otros y nuestra necesidad de perdonarlos. Además, pediremos ayuda para resistir lo malo.

Más que nada, daremos gracias a Dios por su bondad hacia nosotros.

Y mucho más

Los versículos que siguen a Hechos 2:42 demuestran que los nuevos creyentes habían adoptado un nuevo estilo de vida. Vivían para Dios y el uno para el otro. Compartían su riqueza material, miraban que nadie estuviera en necesidad, fueron llenos con una nueva alegría y unidad de espíritu (véase Hechos 4:32). Muy pronto muchos de ellos trajeron a sus amigos y familias al Señor, enseñándoles cómo ser discípulos de Jesús. Sólo continuaban creciendo. Así puedes hacerlo tú.

¿SIGNIFICA QUE YA NO TENDRÁS PROBLEMAS?

YO DESEARÍA QUE ASÍ FUERA. Desafortunadamente, es posible que mucha gente se afilia a la iglesia por esta razón. Toman al bautismo como un rito mágico que puede inmunizarlos contra los problemas de este mundo.

No funciona de esa manera. Cuando Jesús fue bautizado, fue un momento magnífico. Los cielos se abrieron, la voz de Dios le habló, el Espíritu de Dios descendió sobre él como una paloma, y Jesús sabía que todo estaba bien entre él y su Padre. Pero luego comenzaron sus problemas. Inmediatamente fue llevado al desierto para ser tentado por el diablo (Mateo capítulos 3 y 4). Después de esto comenzó su ministerio, y se encontró con que sus enseñanzas y sanidades le acarrearón enemigos. Ninguno de sus problemas disminuyó. Tampoco para nosotros.

Después de su conversión, el apóstol Pablo continuó teniendo algunos problemas físicos (2 Corintios 12), así como de otro tipo, incluyendo naufragios, golpes, encarcelamientos y angustia mental (2 Corintios 11:24-29). Fue su amor por Cristo y por la iglesia lo que le causó algunas de estas dificultades.

Probablemente quieras leer la historia de la conversión de Pablo en Hechos 9:1-31. Ahí descubrirás que Saulo (más tarde llamado Pablo) tuvo algunos problemas debido a su pasado. Tenía una mala reputación que borrar, como muchos de nosotros la tenemos cuando nos convertimos a Cristo. Sabemos que hemos cambiado, el Señor sabe que hemos cambiado, pero

los demás no lo saben. Así que nos tratan como si fuéramos los antiguos pecadores que éramos anteriormente.

El tenía también algunos hábitos que cambiar. En su caso, tenía que dejar su violento estilo de vida (había perseguido a los cristianos) y ser apacible. Cambió, de ser el atacante a ser el atacado. Más tarde, mostraría las cicatrices que recibió por Cristo. Puede que tus cambios no sean tan radicales como los de Pablo, pero probablemente hay algunas cosas en tu vida que quieres cambiar, algunos antiguos hábitos de los cuales te avergüenzas. Muy bien. No será fácil cambiar, pero puedes hacerlo.

Puede que necesites escapar de algunos de tus antiguos amigos. Pablo tuvo que hacerlo. Cuando llegó a ser discípulo de Jesús, sus viejos amigos le dieron la espalda. Literalmente, él tuvo que huir de ellos, por el bien de su seguridad. Posiblemente necesites, por lo menos temporalmente, escapar de algunos amigos para ganar fuerza y resistir las tentaciones a que ellos te inducen. Algunos nuevos creyentes tienen que dejar a sus amigos bebedores, otros se dan cuenta que necesitan escapar de parejas oscilantes o grupos negativos e incrédulos. Una joven tuvo que dejar su empleo de mesera, porque sus compañeros de trabajo no podían aceptar su conversión y hacían todo lo que tenían a su alcance para arrastrarla a sus antiguos hábitos.

Notarás que, sin embargo, Pablo recibió la fuerza que necesitaba para vencer su pasado.

En primer lugar, lo bautizó Ananías. Sin lugar a dudas, era para él, como Pedro lo describiría posteriormente, «como la aspiración de una buena conciencia» (I Pedro 3:21). A través de este acto deliberado lavó sus pecados, sepultó su pasado y se convirtió en una nueva criatura. Ya no era más Saulo de Tarso, sino Pablo, el hombre de Cristo.

También recibió ayuda del Espíritu Santo. Pedro había prometido en el día de Pentecostés que cualquiera que se arrepintiera y fuera bautizado, «recibiría el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38). Cuando Ananías llegó con Saúl, lo saludó de esta manera: «Hermano Saulo, el Señor Jesús... me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo» (Hech.

9:17). El Espíritu capacitaría a Pablo para soportar cualquier sufrimiento por el nombre de Cristo. No hay nada de escapista o afeminado en el cristianismo: Requiere lo mejor que hay dentro de nosotros. Por eso Dios nos da su propio Espíritu para animarnos y capacitarnos. El nos da toda la ayuda que necesitamos con el fin de llegar a ser cristianos verdaderos.

Otra fuente de poder para Pablo eran sus nuevos amigos cristianos. El primero fue Ananías, quien aceptó a Saulo como su hermano, aunque conocía la peor faceta de la vida de este hombre. Más tarde, en Jerusalén, Bernabé lo recibió como hermano cristiano a pesar de que otros cristianos titubeaban en aceptarlo dentro de la comunidad (Hechos 9:27). Al leer a través de las cartas del Nuevo Testamento, notarás que Pablo siempre estuvo acompañado de amigos que le apoyaron en su ministerio. Nosotros tenemos hoy la misma fuente de fortaleza en la iglesia. Como cristianos admitimos rápidamente que no somos suficientemente buenos para ser cristianos sin ayuda. Sin ninguna vergüenza nos apoyamos unos a otros.

Otra fuente de fortaleza que recibió Pablo no es visible de inmediato pero ciertamente real. Tan pronto como se convirtió, Pablo puso en acción su fe. Recibió fortaleza de sus propias acciones y palabras. La suya no fue una fe cristiana pasiva. Nunca esperó que un pastor o alguien más lo cuidara. Empezó desde ese mismo día, a hablarles a otros acerca de su fe en Cristo y a hacer todo lo que podía con el fin de contribuir a que el reino de Dios creciera a través de todo el mundo mediterráneo. El pudo haber pasado el resto de su vida quejándose de lo que había hecho en contra de Jesús. En vez de esto, aceptó el perdón de sus pecados y se marchó a trabajar al servicio de Cristo. Lo llevó a cabo arduamente, así como había trabajado antes en su contra.

¿Te das cuenta? La vida de Pablo no estuvo exenta de problemas después de hacerse discípulo de Cristo. Pero, a través de su identificación con Cristo en el bautismo, con el don del Espíritu Santo, de sus nuevos amigos cristianos y de sus propias palabras y acciones, llegó a ser lo suficientemente

fuerte para vencer cualquier situación que la vida le pudiera presentar.

Eso es lo que pasará contigo. Es probable que, aún así, experimentes algunas dificultades, especialmente en los inicios de tu vida cristiana. Todavía habrá tentaciones sexuales, o un temperamento explosivo, o tendencia a la deshonestidad, o que luches con un espíritu que induce y tiende a demandar tus derechos, o con el orgullo, o con los enemigos de antaño.

Puede ser que haya algunos problemas con la preocupación y la ansiedad, con un espíritu de crítica, duda o envidia.

Con esta gran lista de cosas, quizá te preguntes para qué llegar a ser cristiano.

La respuesta es simple: a fin de que de esta manera no seas vencido por tus tentaciones u otros problemas. Como cristiano encontrarás toda la ayuda necesaria para llegar a ser la clase de persona que Dios quiere que tú seas.

Recibirás ayuda de la Biblia.

Dios nos ha dado lo necesario para aprender a lograr nuestro potencial.

Recibirás ayuda del Espíritu Santo.

Nunca des por carente este hecho. Dios está contigo, dentro de ti, queriendo trabajar a través de tí. El te hará fuerte, si tú lo permites.

Recibirás ayuda de otros cristianos.

En realidad «sobrellevamos las cargas los unos de los otros». Tus nuevos hermanos y hermanas en Cristo te ayudarán a crecer como cristiano.

Recibirás ayuda de la adoración y el servicio.

Al alabar más a Dios y servir a otros en su nombre, tu vida se volverá más completa y enriquecida.

Así que, sé paciente contigo mismo. Dios apenas ha comenzado a realizar su obra de conversión en tí. Si eres fiel, él te acompañará en cada dificultad y, al final, te recompensará con bendiciones que ni siquiera imaginas.

Preguntas

Obviamente al leer este libro estás interesado en entender lo que es la «Familia de Dios» (La Iglesia) y lo que te corresponde hacer como parte de ella. Tenemos un refrán que dice: «Una explicación sin aplicación es una equivocación». En otras palabras, el entender algo no tiene valor si no se pone en práctica. Estas preguntas son hechas para ayudarte a poner en práctica lo que aprendes. Si no estás estudiando el libro con un grupo, te recomendamos que busques un hermano en la fe al cual te sometas para que el hermano maduro te guíe y revise tus preguntas.

Cap. 1

A. Anota a continuación las nueve áreas que cambiarán, siendo tu un miembro fiel a la iglesia.

1. _____
2. _____
3. _____
4. _____
5. _____
6. _____
7. _____
8. _____
9. _____

B. ¿Cuál de estas áreas te llama más la atención? _____

Explica tu respuesta

C. Lee de nuevo la sección del capítulo que te llamó la atención. Para que esta área se desarrolle en tu vida, ¿Qué te corresponde hacer?

D. Si no estás haciendo tu parte mencionada en la respuesta anterior, ¿Cómo y cuándo lo vas a hacer? _____

Para poner en práctica este consejo bíblico, pregúntale a tu grupo o a algún hermano maduro en la fe que te ayuden a comprender, o que te den ideas de cómo hacerlo.

Cap. 2

A. ¿Qué aspecto o creencia del Movimiento de Restauración te llama más la atención? _____

¿Por qué? _____

B. Haz una lista de las diez descripciones dadas a la iglesia.

1. _____
2. _____
3. _____
4. _____
5. _____
6. _____
7. _____
8. _____
9. _____
10. _____

C. De estas descripciones, ¿Cuál buscas más? _____

D. Como la iglesia está formada por creyentes como tú, llena los siguientes espacios. Como miembro de la iglesia yo (tu nombre), _____
haré mi parte, que es _____
_____ para que la iglesia sea más _____

E. ¿Qué criterio debes usar para relacionarte con miembros de otras iglesias? _____

F. ¿Qué criterio debe usar tu iglesia para relacionarse con otras iglesias? _____

Cap. 3

A. ¿Cómo es diferente la iglesia de un club social? _____

B. ¿Cómo funciona la iglesia siendo un cuerpo? _____

C. En tu opinión, ¿Por qué usó Dios la idea de un cuerpo para explicarnos la naturaleza y función de la iglesia? _____

D. ¿Cómo responderías a la persona que te dice: «Yo puedo adorar y servir a Dios en mi casa sin congregarme»? _____

E. ¿Cuál parte del cuerpo eres?

F. ¿Cómo estás siendo práctico en servir a los demás en el cuerpo de Cristo?

Cap. 4

A. Explica, «Ser cristiano es gratis, pero te cuesta todo».

B. ¿Cómo difieren el A.T. y el N.T. con relación a la enseñanza sobre el diezmo o el dar?

C. ¿Cuáles son las cuatro áreas que te van a costar por seguir a Jesús?

1. _____

2. _____

3. _____

4. _____

D. ¿Qué beneficio o promesa puedes esperar en cada área?

E. Responde a las siguientes preguntas:

- ¿Qué tengo para dar? _____

- ¿Quién lo necesita? _____

- ¿Cómo podré usar mi influencia para Cristo? _____

- ¿Qué tanto está recibiendo Dios por lo que él me ha dado?

Cap. 5

A. ¿Porqué no hay reglas específicas de lo que debes y no debes hacer?

B. Si practicas tu fe cristiana en base a reglas, ¿Qué le sucedería a ella?

C. ¿Qué clase de cristiano eres?

D. Da un ejemplo de cómo puedes practicar la Regla de Oro.

E. ¿Qué hizo Cristo con los diez mandamientos?

F. ¿En qué consiste la motivación para vivir la vida cristiana?

G. ¿A quién te puedes comparar para medir tu comportamiento?

H. ¿Qué demanda el amor de Cristo que hagas hoy?

Cap. 6

A. ¿Cuáles son las cuatro áreas en que tú, como cristiano, necesitas crecer y participar?

1. _____

2. _____

3. _____

4. _____

B. ¿Cuál de éstas te hace más falta? _____

C. ¿Por qué es importante que seas tanto un maestro como un alumno en la vida cristiana? _____

D. ¿Cuál de los siguientes ejemplos describe mejor tu crecimiento espiritual?

1. Una camioneta cargada con piedras pasando por el lodo.
2. Un avión volando a nuevos destinos.
3. Un niño aprendiendo a montar una bicicleta, se monta, se cae, se monta.
4. Una tortuga, lenta pero segura.
5. Un cangrejo, un paso adelante, dos para atrás.

E. De las cuatro sugerencias sobre la oración, ¿Cuál puedes emplear para mejorar tu tiempo de oración? _____

Cap. 7

A. ¿Cuál fue la motivación, situación, problema o crisis que te influyó para buscar a Dios? _____

B. ¿Cómo ha cambiado Dios la situación desde que has decidido seguir a Cristo? _____

C. ¿Qué falla, tentación o dificultad existe en tu carácter que necesitas enfrentar ahora? _____

D. Revisa las cuatro fuentes de ayuda que están disponibles.
¿Cuál o cuáles de ellas crees que necesitas?

E. ¿Qué vas a hacer hoy para aprovechar la ayuda que Dios te ofrece?

F. ¿Qué importancia tiene la paciencia y la perseverancia en tu vida?

